





LA VUELTA AL MUNDO EN

80

MÚSICAS

A



ANDRÉS AMORÓS

LA VUELTA AL MUNDO EN

80

MÚSICAS

Las obras y los autores imprescindibles de música clásica, popular y de cine

 *Editorial El Ateneo*

la esfera  de los libros

Amorós, Andrés

La vuelta al mundo en 80 músicas / Andrés Amorós. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo ; Madrid : La esfera de los libros, 2018. 384 p. ; 24 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-0976-2

1. Divulgación. 2. Música. I. Título.  
CDD 781.8

*La vuelta al mundo en 80 músicas*

© Asclepigenia, S. L., 2018

© La Esfera de los Libros, S. L., 2018

Derechos exclusivos de edición en castellano para la Argentina, Uruguay, Paraguay, Ecuador, Perú y Bolivia

Obra editada en colaboración con La Esfera de los Libros - España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2018

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición en España: abril de 2018

1ª edición en Argentina: agosto de 2018

ISBN 978-950-02-0976-2

Impreso en Printing Books,  
Mario Bravo 835, Avellaneda,  
provincia de Buenos Aires,  
en agosto de 2018.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

# ÍNDICE

<i>Preludio</i> .....	15
1. «La hija pequeña de Dios» (El canto gregoriano) .....	21
2. La rueda de la fortuna (Carl Orff: <i>Carmina Burana</i> ) .....	25
3. Subir al cielo, en Elche (El <i>Misterio de Elche</i> ) .....	28
4. Un Larra del Renacimiento (Juan del Encina: «Triste España sin ventura») ....	32
5. «El músico de Dios» (Tomás Luis de Victoria: <i>Officium defunctorum</i> ) ....	35
6. El dúo de amor de Nerón y Popea (Claudio Monteverdi: <i>La coronación de Popea</i> ) ..	39
7. Dos conmovedores adagios (Johann Pachelbel: <i>Canon</i> . Tomaso Giovanni Albinoni: <i>Adagio para cuerda y órgano</i> ) .....	43
8. Una fuente de inagotable alegría (Antonio Vivaldi: <i>Las cuatro estaciones</i> ) .....	48

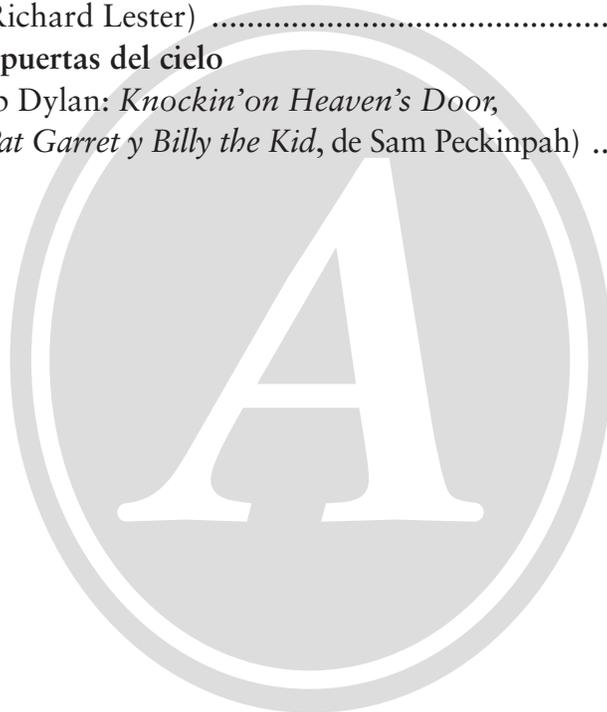
9.	<b>La más desgarradora «chacona»</b> (Johann Sebastian Bach: <i>Chacona en re menor,</i> de la <i>Partita número 2</i> ) .....	53
10.	<b>El canto de amor a un árbol</b> (Georg Friedrich Haendel: <i>Largo</i> ) .....	59
11.	<b>Lacrimosa, el final de un réquiem</b> (Wolfgang Amadeus Mozart: <i>Réquiem</i> ) .....	62
12.	<b>El Himno a la alegría</b> (Ludwig van Beethoven: <i>Novena sinfonía.</i> <i>Coral</i> ) .....	66
13.	<b>La calumnia como arte</b> (Gioacchino Rossini: <i>El barbero de Sevilla</i> ) .....	70
14.	<b>La oración que no lo era</b> (Franz Schubert: <i>Ave María</i> ) .....	77
15.	<b>Todo el piano</b> (Frédéric Chopin) .....	82
16.	<b>El ensueño romántico</b> (Robert Schumann: <i>Rêverie</i> ) .....	88
17.	<b>El gran vals</b> (Johann Strauss: <i>El vals del emperador</i> ) .....	94
18.	<b>¿Ama usted a Brahms?</b> (Johannes Brahms: <i>Tercera sinfonía</i> ) .....	99
19.	<b>«Cruz y delicia»</b> (Giuseppe Verdi: <i>La Traviata</i> ) .....	102
20.	<b>«La tragedia de Carmen»</b> (Georges Bizet: <i>Carmen</i> ) .....	106
21.	<b>Morir de amor</b> (Richard Wagner: <i>Tristán e Isolda</i> ) .....	110
22.	<b>La pequeña mariposa</b> (Giacomo Puccini: <i>Madame Butterfly</i> ) .....	114
23.	<b>La canción-protesta de una criada</b> (Federico Chueca y Joaquín Valverde: <i>La Gran Vía</i> )	119
24.	<b>«Tiene razón don Sebastián»</b> (Tomás Bretón: <i>La verbena de la Paloma</i> ) .....	123

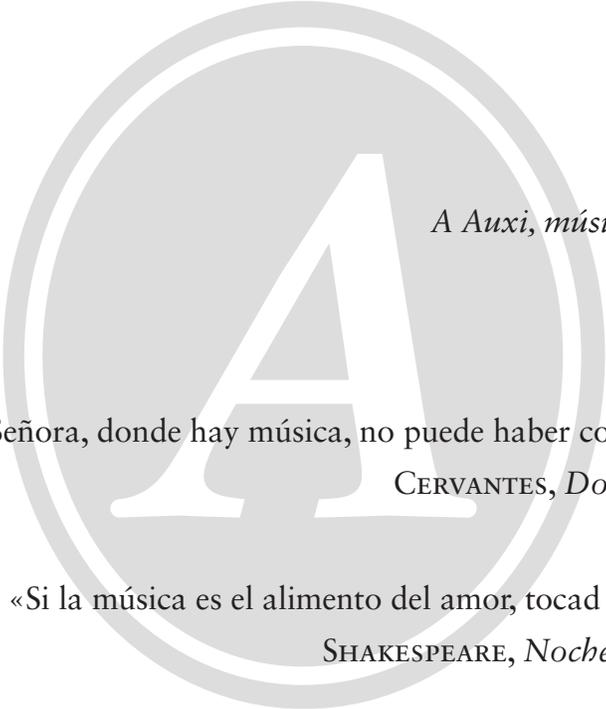
25.	<b>Veranear en Madrid</b> (Federico Chueca: <i>Agua, azucarillos y aguardiente</i> ) ...	128
26.	<b>Patriotismo en la opereta</b> Pablo Luna: <i>El niño judío: canción española</i> .....	132
27.	<b>Unos «cuplés babilónicos»</b> (Vicente Lleó: <i>La corte de faraón</i> ) .....	136
28.	<b>Un fruto tardío de la zarzuela</b> (Federico Moreno Torroba: <i>Luisa Fernanda</i> ) .....	140
29.	<b>Abismos de pasión</b> (Piotr Ilyich Chaikovski: <i>Sinfonía Patética</i> ) .....	145
30.	<b>Una «Iberia» universal</b> (Isaac Albéniz: <i>Iberia</i> ) .....	151
31.	<b>Goya, resumen de España</b> (Enrique Granados: <i>Goyescas</i> ) .....	154
32.	<b>«Moriré para vivir»</b> (Gustav Mahler: <i>Segunda sinfonía, Resurrección</i> ).....	158
33.	<b>A la luz de la luna</b> (Claude Debussy: <i>Claro de luna</i> ) .....	164
34.	<b>Una insistente danza</b> (Maurice Ravel: <i>Bolero</i> ) .....	168
35.	<b>La música como éxtasis</b> (Alexander Scriabin: <i>Poema del éxtasis</i> ) .....	174
36.	<b>Música para seducir a Marilyn</b> (Sergei Rachmaninov: <i>Concierto número 2 para piano y orquesta</i> ) .....	177
37.	<b>La rosa de plata</b> (Richard Strauss: <i>El caballero de la rosa</i> ) .....	181
38.	<b>«Mandarlo todo al diablo»</b> (Ígor Stravinski: <i>La consagración de la primavera</i> ) .....	188
39.	<b>«El juego de las parejas»</b> (Béla Bartók: <i>Concierto para orquesta</i> ) .....	194
40.	<b>Un Bach en la tierra de los <i>cangaçeiros</i></b> (Heitor Villa-Lobos: <i>Bachianas brasileiras</i> ) .....	198

41.	<b>Aranjuez, el mágico paisaje</b> (Joaquín Rodrigo: <i>Concierto de Aranjuez</i> ) .....	201
42.	<b>La voz del silencio</b> (Federico Mompou: <i>Canciones y danzas</i> ) .....	207
43.	<b>Un vals ruso que es una canción popular española</b> (Dimitri Shostakovich: <i>Vals de la Suite número 2</i> ) .....	211
44.	<b>Músicas para <i>El Quijote</i></b> (Manuel de Falla: <i>El retablo de maese Pedro</i> . Cristóbal Halffter: <i>Don Quijote</i> ) .....	216
45.	<b>Una española inglesa</b> (Conchita Supervía) .....	220
46.	<b>La legendaria contralto</b> (Kathleen Ferrier) .....	224
47.	<b>El «papá» reconocido por los Beatles</b> (Andrés Segovia) .....	228
48.	<b>El violinista con «trac»</b> (Yehudi Menuhin) .....	231
49.	<b>Bach, ante el muro de Berlín</b> (Mstislav Rostropóvich) .....	235
50.	<b>Un genio anda suelto</b> (Glenn Gould: <i>Variaciones Goldberg</i> , de Bach).....	238
51.	<b>Un campeón de cancelar conciertos</b> (Arturo Benedetti-Michelangeli) .....	242
52.	<b>El número uno</b> (Sergiu Celibidache) .....	246
53.	<b>«El director que no existió»</b> (Carlos Kleiber) .....	250
54.	<b>La gran trágica</b> (María Callas) .....	253
55.	<b><i>La golondrina</i></b> .....	259
56.	<b><i>Campanilleros</i></b> .....	262
57.	<b>La primera estrella del cine español</b> (Imperio Argentina) .....	265

58.	«El Gorrión» (Edith Piaf: <i>Himno al amor</i> ) .....	268
59.	Un viejo amigo (Georges Brassens) .....	273
60.	Un auténtico poeta (Jacques Brel: <i>Ne me quitte pas</i> ) .....	279
61.	«¡Berberechos y mejillones!» (Molly Mallone) .....	282
62.	<i>En el azul pintado de azul</i> (Domenico Modugno) .....	285
63.	<i>Suspiros de España</i> .....	289
64.	La españolísima jota .....	292
65.	Rancheras mexicanas .....	298
66.	La melancolía de Leonard Cohen .....	305
67.	<i>Ella cantaba boleros</i> .....	309
68.	Adagios de cine (Gustav Mahler, Samuel Barber y Bernard Herrmann) .....	322
69.	Las músicas de Chaplín .....	327
70.	Disney divulga la música clásica (Walt Disney: <i>Fantasia</i> ) .....	334
71.	El invento del reloj cucú (Anton Karas en <i>El tercer hombre</i> , de Carol Reed) ...	338
72.	Pepe Isbert, con dos pistolas ( <i>Bienvenido, Mr. Marshall</i> , de Luis García Berlanga) ...	343
73.	<i>Luna de miel</i> (Mikis Theodorakis, en <i>Luna de miel</i> , de Michael Powell) .....	347
74.	El paraíso perdido ( <i>La isla de Innisfree</i> , en <i>El hombre tranquilo</i> , de John Ford) .....	351
75.	Un río en la Quinta Avenida (Henry Mancini: <i>Moon River</i> , en <i>Desayuno en Tiffany's</i> , de Blake Edwards) .....	356

<b>76. Macao en Chinchón</b> (Erik Satie: <i>Gymnopédies</i> , en <i>Una historia inmortal</i> , de Orson Welles) .....	360
<b>77. Nino Rota y Federico Fellini</b> .....	363
<b>78. Cable Hogue escucha su propio sermón fúnebre</b> ( <i>Butterfly Mornings</i> , en <i>La balada de Cable</i> <i>Hogue</i> , de Sam Peckinpah) .....	369
<b>79. Los héroes están cansados</b> (John Barry, en <i>Robin y Marian</i> , de Richard Lester) .....	374
<b>80. Las puertas del cielo</b> (Bob Dylan: <i>Knockin' on Heaven's Door</i> , en <i>Pat Garret y Billy the Kid</i> , de Sam Peckinpah) ....	379





*A Auxi, música y letra.*

«Señora, donde hay música, no puede haber cosa mala».

CERVANTES, *Don Quijote*

«Si la música es el alimento del amor, tocad siempre».

SHAKESPEARE, *Noche de Reyes*

«Tócala de nuevo, Sam».

*Casablanca*



## PRELUDIO

**E**ste es un libro escrito por alguien que no es músico y va dirigido a lectores que no sean especialistas en música. Tampoco es una obra académica ni erudita, sino, simplemente, un testimonio de mi amor por la música, para compartirlo con gente que también la ama.

No soy músico, lo digo con humildad, lamentando todas las cosas que ignoro y disculpándome por todos los errores que un verdadero conocedor encuentre aquí. ¿Me hubiera gustado ser músico? ¡Por supuesto! Me he quedado en un simple aficionado (o un «apasionado», como se decía en el siglo XVIII). Mi profesión es la literatura, como profesor y escritor; mi gran pasión, la música. Por eso he escrito este libro.

Sí reivindico que no soy mal aficionado: desde chico, gracias a la radio, la pianola, los primeros discos microsuros... Después, como siempre he vivido en Madrid, he tenido muchas oportunidades de escuchar conciertos.

Mi maestro en música fue Federico Sopena, quien tenía verdadera obsesión por trazar puentes entre la música y el resto de la cultura: por desgracia, dos mundos a menudo demasiado lejanos.

Es un problema de educación, sin duda, pero muy lamentable: así de tosca suele ser la vida social de muchas personas, incluidas las de mayor nivel económico y cultural. Con toda modestia, he seguido en esto, como en otras cosas, a Sopeña.

Durante algunos años, fui director cultural de la Fundación Juan March, en Madrid; mi mejor recuerdo de aquella etapa son los conciertos para jóvenes que organicé entonces, también con Sopeña. Una carambola del azar me llevó a escribir el texto de la ópera *Don Quijote*, con música de Cristóbal Halffter: una experiencia inolvidable. Luego, fui director general del Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música, del Ministerio de Cultura, del año 2000 al 2004. Conocí un poco más por dentro el mundo de nuestra música. Como dice un amigo irónico, si mi pasión por la música resistió esa prueba, es que era auténtica.

No he escrito este libro —¡pobre de mí!— para enseñar nada de música; sí para transmitir mi amor a tantas músicas con las que he disfrutado, que me han dado el consuelo y la alegría de la belleza. Sin ellas, mi vida hubiera sido muchísimo más pobre y más triste. Y ese «manantial que no cesa» está al alcance de cualquiera que acuda a él con un poco de sed...

Nace este libro de una experiencia concreta. Siempre me ha apasionado la radio: para el que la escucha, puede ser un boca a boca que nos salve de ahogarnos; para el que habla, una botella que lanza al mar sin saber a qué manos —y oídos— irá a parar.

Acompañé a mi amigo Federico Jiménez Losantos en su aventura de crear es.radio. Pasados unos meses, me preguntaron qué echaba de menos en la programación. Lo tenía claro: como trabajaban allí muchos jóvenes, predominaba la música que podemos llamar rockera. Creía yo que muchos oyentes agradecerían también otro tipo de música: clásica, atractiva para los no especialistas. Para mi sorpresa, me propusieron que lo hiciera yo: supongo que no tenían dinero para contratar a nadie mejor...

Así nació mi programa *Música y letra*. Además de esos «clásicos populares», en él se escucha también ópera, zarzuela, música popular de cierto nivel, jazz, flamenco, música de cine... Elijo temas musicales que me parecen asequibles y los presento con toda sencillez, pensando siempre en un oyente no especializado.

La satisfacción me llega por varios lados. Esta misma tarde, por ejemplo, he tomado un taxi para ir al Auditorio Nacional. Iba charlando con mi mujer, no he hablado con el taxista. Cuando le he pagado, él, muy discretamente, se ha limitado a decirme: «Mañana le escucharé».

Lo digo sin vanidad ninguna: los taxistas se pasan muchas horas al volante. A muchos de ellos les acompaña y les agrada una hermosa música que no sea demasiado difícil. En ese tipo de oyente es en el que siempre he pensado, para animarles a que escuchen buena música. La amabilidad de Ymelda Navajo y Mónica Liberman me animó a seguir intentándolo, en este libro.

Para no abusar del número de páginas ni de la paciencia del lector, había que poner un límite. Recordé una vieja broma. Julio Verne escribió *La vuelta al mundo en ochenta días*. Julio Cortázar lo cambió por *La vuelta al día en ochenta mundos*, porque cada uno de los días de nuestra vida puede encerrar muchos mundos. Elijo yo *La vuelta al mundo en ochenta músicas*: ochenta cortos capítulos parece un número razonable para acercarse al inmenso mundo de la música.

Dentro de eso, el libro está dividido en cuatro partes: los primeros cuarenta y cuatro capítulos se refieren a la música clásica.

Cada capítulo suele centrarse en un compositor y procuro destacar, de él, una obra concreta. Sigo un orden aproximadamente cronológico (con algunas excepciones, para unir obras del mismo género), desde el canto gregoriano hasta Cristóbal Halffter. De este modo, sin pretensiones de ser una historia de la música, sí comento obras de algunos de los más grandes compositores, españoles o no, de todos los tiempos.

En cada capitulillo, procuro situarlos en su circunstancia histórica, doy algunos datos biográficos, menciono anécdotas y citas literarias que pueden acercarlos al lector; si la obra tiene texto, recojo algunas de sus frases principales. Evito, por supuesto, el vocabulario especializado. Intento recomendar, además, alguna grabación que me parezca memorable.

Los capítulos que van del cuarenta y cinco al cincuenta y cinco se dedican a glosar la personalidad de algunos intérpretes—directores, cantantes, solistas— por los que siento especial devoción.

Desde el capítulo cincuenta y cinco hasta el sesenta y ocho, comento algunas obras o géneros de la música popular que—como decía Moratín, en *El sí de las niñas*— «me tocan el corazón». Espero que no se tome a sacrilegio o excesiva frivolidad esta unión. Conozco de sobra la distancia que va de Bach, Mozart o Mahler, a una copla, un pasodoble o un bolero, pero también sé que todas esas obras me emocionan de veras. Una musiquilla popular, sin pretensiones, llega, a veces, al corazón de modo muy directo.

Siempre recuerdo el final de una novela inglesa, *C*, de Maurice Baring: en un palacio vienés, un caballero, a punto de morir, entrega unas monedas a su criado para que le acompañe la música de un organillo callejero mientras él agoniza...

Desde el capítulo sesenta y ocho hasta el final, recuerdo algunas músicas de cine, un género por el que siento gran debilidad. Algunas melodías unidas a unas imágenes y a una historia quedan grabadas en la memoria del corazón y nos acompañan siempre. ¿No es motivo suficiente para agradecerlo?

Queda claro, me parece, pero quiero subrayarlo, que mi elección de compositores, obras, intérpretes y géneros es absolutamente personal, subjetiva. Sencillamente, no puede ser de otra manera. Ante todo, por los límites del espacio.

Me hubiera gustado hablar de Purcell, Bruckner, *La viuda alegre*, Dvořák, Haydn, Berlioz, Gershwin, Mendelssohn, Liszt,

Donizetti, Mussorgski, Bellini, Turina, Grieg, Prokofiev... También, de Alfredo Kraus, Morricone, Charlie Parker, Lloyd Weber, Maurizio Pollini, los himnos del sur de los Estados Unidos, Louis Armstrong, las habaneras, Pavarotti, Sinatra, los tangos, Cole Porter, las baladas irlandesas, Abbado, Django Reinhardt, Celia Gámez, *La Revoltosa*, las nanas... Quede para otra vez.

Todos ellos se encuentran en cualquier historia o diccionario de la música. No he pretendido yo tanto, ni tengo los conocimientos necesarios para hacerlo.

Debo agradecer la confianza y el trabajo de Ymelda Navajo y Mónica Liberman, en La Esfera de los Libros; de Federico Jiménez Losantos, Javier Somalo y el técnico Javier Pérez, en es.radio. Quiero recordar también a mis compañeros de amor por la música, Ignacio Bayón y Pepe Bolaños. En mi familia, a Auxi, mi mujer, por todo lo que le he hablado de «mis músicas». Y deseo que sigan estudiando y descubriendo la buena música mis nietos Inés, Luis, Juan, María e Ignacio.

Me gusta citar la sabia sentencia de un cante flamenco: «El conocimiento, la pasión no quita». Siempre lo he creído. En este libro, espero no aburrir demasiado al lector con datos inútiles y ser capaz de transmitirle mi pasión. Porque, como dice Juan Ramón Jiménez, «La música / se clava / en medio del corazón»: nos acompaña, nos consuela y nos hace más felices.



# 1

## «La hija pequeña de Dios»

(El canto gregoriano)



Sabemos de sobra qué tipos de músicas —sin calificativos— suelen estar entre las más vendidas. No hace mucho, se coló en esas listas una grabación de canto gregoriano, realizada por el coro de monjes de la abadía de Santo Domingo de Silos. No es tan sorprendente. Cada domingo —sobre todo, en Navidad o en Semana Santa—, una gran cantidad de turistas se acercan al monasterio de la provincia de Burgos, para disfrutar con la belleza del claustro románico, admirar el hermoso ciprés (según Gerardo Diego, ese «enhiesto surtidor de sombra y sueño / que acongojas el cielo con tu lanza. / Chorro que a las estrellas casi alcanza...») y escuchar con reverencia el canto de los monjes. No todos son creyentes fervorosos, estoy seguro. En una época de tanto ajetreo y barullo como la nuestra, buscan, por contraste, esas islas de recogimiento y belleza que suponen los monasterios.

El nombre del canto deriva de san Gregorio Magno, que fue papa del año 590 al 604. En realidad, no fue él el creador de este tipo de música. Se llama así desde el siglo IX, por habersele atribuido la primera recopilación. Sí que creó o apoyó la Schola Cantorum de Roma, un conservatorio del canto litúrgico, que, desde allí, se extendió a toda la cristiandad.

Llamamos gregoriano a esos cantos litúrgicos de la Iglesia católica: son obras de autor desconocido, con letra en latín culto (salvo el *Kyrie*, en griego), cantadas *a capella*, sin instrumentos, para acompañar la liturgia. Se trata de un canto llano: simple, monódico (de una sola línea melódica), con una música supeditada al texto, que debe interpretarse con la máxima sencillez, evitando cualquier impostación de la voz.

Sus variedades son el recitativo, la santa misa y el oficio divino; este último es la oración litúrgica que se canta en los conventos en las horas canónicas: maitines, laudes, prima, tercia, sexta, novena, vísperas y completas.

Parece lógico que su raíz esté en los cantos judíos y de las primeras comunidades cristianas. Influye mucho en su nacimiento la nueva reglamentación de la vida monástica que hace san Benito, en el siglo VI. Ese espíritu evangélico supone humildad, obediencia, trabajo y oración; entre otras cosas, los monjes deben alabar a Dios cantando las diversas «horas» del oficio.

Para saber un poco más de su historia, leo a Ismael Fernández de la Cuesta, el musicólogo que, además, dirigió esa grabación de Silos: «Lo que hoy llamamos canto gregoriano es, en realidad, un canto romano carolingio». Desde el siglo IX, se van introduciendo «tropos» (glosas y versos), para añadir cierta atractiva variedad; también algunas técnicas polifónicas, transmitidas por tradición oral de maestros a discípulos.

En España, el Camino de Santiago sirvió para difundir esas novedades; de ahí la importancia de los primeros oficios del apóstol Santiago. El final del románico trajo un cierto «barroquismo», corregido en el gótico, a comienzos del siglo XIII, por la vuelta a la sencillez primitiva que propugnaban la reforma cisterciense y las órdenes mendicantes.

En la historia de la música, el gregoriano supone un fenómeno singularísimo. Cito de nuevo a Fernández de la Cuesta: «Es intemporal o atemporal, sigue su propia tradición, ha coe-

xistido con todos los estilos. Además, ha marcado el flujo de la historia musical de Occidente».

Los musicólogos han encontrado huellas concretas del gregoriano en autores tan diversos como Bach, Mozart y hasta Debussy. A este último le fascinaba la espiritualidad que transmite la atmósfera del gregoriano: quizá influyó en su *Pélleas et Mélisande*.

Volvamos al comienzo. Ya san Pablo aconsejaba en sus Epístolas: «Cantad a Dios en vuestro corazón». Eso mismo es lo que significa, sencillamente, el gregoriano: rezar cantando. Lo confirma san Agustín: «El que canta bien reza dos veces». Y san Odón, para quien esta música es «un presentimiento del cielo».

Dentro de la liturgia cristiana que expresa el gregoriano, me resulta especialmente conmovedora la de Navidad *Puer natus est nobis*: «Porque ha nacido un Niño, / se nos ha dado un Hijo de Dios». Toda la creación estaba esperando el nacimiento de Jesús, que supuso el cumplimiento de tantas profecías. Es «como el comienzo del día, la salida del sol». Acudieron a adorarle los Reyes de Oriente: «Vimos la estrella que anuncia su nacimiento». Y concluye: «Cantemos al Señor un nuevo himno / porque ha hecho cosas maravillosas».

Junto a la Navidad, escuchamos también gregoriano en la Pascua de Resurrección. Frente a la desesperanza, que hoy tanto nos acecha, es un antídoto la antífona *Aleluya*, que expresa el gozo desbordante de la Pascua, con el texto del salmo 117: «Dad gracias al Señor porque es bueno, / porque es eterna su misericordia». Repite: «Diga la casa de Israel: / eterna es su misericordia». Y concluye: «Gloria al Padre y al Hijo / y al Espíritu Santo. / Como era en el principio, ahora y siempre, / por los siglos de los siglos. Amén».

Es fácil encontrar buenas grabaciones de canto gregoriano. Por ejemplo, las de la Capella Antiqua de Múnich; en España, la citada de los monjes de Silos. Menos famosa pero muy hermosa es la de las monjas benedictinas del convento de San

Pelayo de Oviedo, conocidas popularmente como «las Pelayas»: la dulzura de este coro femenino añade una dimensión nueva al severo rigor del canto gregoriano.

No nos extraña que mucha gente, creyente o no, acuda ahora a los monasterios donde los monjes cantan gregoriano: es una forma de escapar del absurdo ruido de la vida actual e intentar recuperar el silencio, la hondura, la serena reflexión...

Para Dante, esta música es «la hija pequeña de Dios»: una definición que no se puede mejorar.

